Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 324,
noviembre de 2026, ISSN: 0251-3552, <nuso.org>.

TEMA CENTRAL

Yo también sé hablar en narco

Dahlia de la Cerda

Una mañana, Dahlia de la Cerda descubrió que en redes alguien proponía hacer una colecta para pagar su asesinato. Su primera reacción no fue el miedo sino la burla. A partir de esa escena, la escritora cruza las amenazas que recibe como activista, el asesinato de su prima y su gusto por los corridos bélicos para pensar qué posibilita el hecho de que el idioma de quien te amenaza sea también el que una canta.

Me enteré de que querían hacer una cooperacha para pagar mi asesinato mientras hacía pipí. Había acompañado durante la madrugada a una mujer que estaba interrumpiendo un embarazo avanzado y había dormido pocas horas. Me despertaron la sed y las ganas de ir al baño. En el teléfono encontré mensajes del grupo de WhatsApp donde varias personas que hemos recibido acoso nos avisamos cuando aparece algo que conviene guardar. Esa mañana había tres enlaces a publicaciones de una misma usuaria sobre mí.

No voy a copiarlas textuales. En una deseaba que esa bastarda apareciera descuartizada dentro de una bolsa negra. En otra esperaba que esa perra terminara *como su prima*. En la tercera proponía cooperarse para contratar a un sicario que me diera piso. Había pasado de desear mi muerte a proponer una forma de financiarla. Yo seguía sentada en la taza.

Bastarda no me molestó. Me gusta la palabra cuando sirve para nombrar a alguien cabrón y peligroso. *Bastardos sin gloria* es una de mis películas favoritas. No me gusta cuando se usa para degradar a las infancias, y menos todavía contra una niña. He visto a la misma usuaria utilizarla en ese sentido y eso sí lo repudio. Una niña no tiene por qué cargar con un insulto que históricamente se usó para señalar el origen «impuro» de una criatura como si hubiera algo vergonzoso en nacer.

Yo, en cambio, ya estoy grandecita y puedo escoger mis insultos. Bastarda me gusta cuando significa cínica, respondona, verguera, moralmente gris, radical hasta resultar insoportable y con

una tendencia bastante poco pedagógica a pensar que al agravio se le regresa otro agravio.

Una vez alguien escribió en Twitter que la gente no me odiaba por deforme, abortista, satanista ni feminista. Me odiaba por verguera. Me pareció un diagnóstico impecable. Otra persona resumió mi personalidad todavía mejor: «Se cree Harley Quinn, la culera». Me gustó tanto que he pensado tatuármelo en la base de la mandíbula.

En sus poemas, Pita Amor hizo de sus defectos una letanía y cerró uno de ellos con una frase que me queda cómoda: «Soy histérica, loca, desquiciada; / pero a la eternidad ya sentenciada»[1]. Yo soy una bastarda en ese sentido. Pero una bastarda con gloria. Ya coroné. Me publican libros y hay gente que los compra. No estaba dispuesta a disputar el sustantivo. La parte del sicario sí me pareció discutible.

Mi primera reacción no fue llorar. Me detuve en la cooperacha. Me pareció de una precariedad ofensiva que para matarme necesitaran organizarse entre varios. Bien pinches muertos de hambre, pensé. Aquí es donde debería editarme para resultar coherente con todo lo que he escrito contra el clasismo. Pero ese fue el pensamiento. Ni siquiera me escandalicé primero por la propuesta de comprar una muerte. Me burlé de que no les alcanzara.

Mandé los enlaces a la Policía Cibernética de México. Guardé capturas y usé Perma, que archiva páginas web, para preservar las publicaciones. Después los tuits desaparecieron. Yo ya había enviado el material y recibido un folio. Mientras alguien borraba lo que había escrito sobre mi muerte yo estaba aprendiendo a guardar esos textos.

Durante años me mandaron al infierno. Cuando empecé a acompañar abortos recibía un repertorio bastante reconocible: matabebés, asesina, satánica, diabólica, perversa. A veces parecía que detrás de la cuenta estaba un señor con agua bendita y una preocupación desmesurada por mi eternidad. Yo podía seguir con mi día. Conocía ese idioma y sabía desde dónde me lo hablaban. Pero que a mí ciertas palabras ya no me lastimaran no las volvía inocuas para otras acompañantes.

Después se sumaron las acusaciones de estar financiada por poderes ocultos. Vendida. Delincuente. Mi trabajo debía

1. Pita Amor: «Letanía de mis defectos» (1987).

obedecer a algún patrocinador porque aparentemente resultaba inconcebible que yo quisiera hacerlo. Desde otros espacios llegaron proxeneta, doxeadora, lucradora del aborto. Había quienes convertían mi defensa de los derechos de las trabajadoras sexuales en una acusación de vivir de explotarlas. Otros se ocupaban de mi cuerpo. Deforme. Quasimodo. Teratoma. Cada conversación traía sus palabras y sus maneras de intentar ponerme en mi lugar.

Y mi lugar parecía bastante reducido. Tengo tumores en la cara y la columna desviada y tatuajes y una lengua que no siempre sabe detenerse. Presumo cuando algo me sale bien. Contesto cuando alguien se burla de mí. Leyendo ciertos mensajes he tenido la impresión de que podría permitirme ser deforme siempre que fuera modesta y estuviera muy agradecida de que me toleraran. Deforme y verguera ya era pedir demasiado. Deforme y exitosa, una irregularidad que había que investigar. Hasta mis libros vendidos y mis premios se volvían sospechosos.

Los insultos no se fueron relevando unos a otros. Conviven todos. Lo que cambió fue encontrar, junto a ese repertorio, anuncios de levantones y deseos de que terminara encajuelada o encobijada o embolsada. En México, estas palabras describen las etapas y las formas en que el crimen organizado secuestra a una persona y luego abandona su cuerpo dentro de la cajuela de un coche, envuelto en una cobija o metido en bolsas de plástico; son prácticas tan frecuentes que se han vuelto categorías con las que la prensa y la gente clasifican a las víctimas. A quienes escribían no les bastaba decir que les caía mal. Empezaban a describir cómo debía aparecer mi cuerpo.

A mi prima la privaron de la libertad y la asesinaron. La encontraron dentro de una bolsa en un despoblado. Cuando alguien desea que termine como ella está utilizando una muerte que conozco para precisar la mía. No necesita explicarme el procedimiento ni agregar fotografías. Mi familia ya ha vivido lo que esas palabras nombran.

Me niego a añadirle detalles al cuerpo de mi prima para demostrar que la frase era cruel. Tampoco quiero dejarla aquí convertida en el antecedente de mi amenaza. Tuvo una vida antes de que otra persona la utilizara para desearme la muerte. Cuando dicen *tu prima* parecen señalar solamente un desenlace. Yo sigo leyendo un parentesco. Mi prima. Alguien que perteneció a mi familia y a quien se usa gratuitamente para lastimarme.

Rossana Reguillo estudió esa sustitución de las personas por categorías en «La narcomáquina y el trabajo de la violencia. Apuntes para su decodificación»[2]. Describe cómo los nombres y las vidas singulares desaparecen bajo denominaciones que clasifican lo que se hizo con los cuerpos: encajuelados, decapitados, encobijados. Llama a esa disolución de la persona un «trabajo de la violencia». Al leerla pienso en lo que sucede cuando esas palabras llegan antes del asesinato. Todavía estoy viva y ya me están adjudicando una categoría. Ya han decidido el modo de disponer de mí. Entre la mujer que acompaña un aborto durante la madrugada y la mujer que quieren encontrar dentro de una bolsa cabe una pantalla. Leo las publicaciones sentada en el baño y todavía puedo burlarme. Lo obsceno es esa facilidad para seguir con un gesto cotidiano mientras otra persona propone el final de tu vida.

Yo, además, canto esas palabras.

Fui con dos amigas activistas a ver a Fuerza Regida al palenque –una arena circular originalmente destinada a las peleas de gallos– de la Feria de San Marcos, en Aguascalientes. Fuerza Regida es un grupo de corridos tumbados y bélicos. Sus canciones narran enfrentamientos armados, las formas del sicariato, de la lealtad a un jefe o a un cartel, muchas veces en primera persona. Compramos lugares de los caros. Zona VIP. No fuimos a hacer investigación antropológica sobre violencia, masculinidades ni narcocultura. Fuimos a disfrutarla convertida en música. Tres feministas pagando para cantar hipermasculinidad, toxicidad, armas, dinero, sicariato y hombres presumiendo que son más cabrones que otros hombres. Desde hace décadas, en varios estados de México se ha buscado limitar o prohibir los narcocorridos porque se considera que hacen «apología de la violencia».

Esperábamos encontrar más hombres buchones y más alucines y nos sorprendió la cantidad de mujeres que veíamos. Desde donde estábamos parecían mayoría. El disco se llama *Pa Las Baby's y Belikeada* y nosotras habíamos calculado mal la distribución: esperábamos más belikeada. Había un chingo de *babies*.

Pensamos que quizá estaban ahí por las canciones de amor. Pero cuando llegó el repertorio bélico se lo sabían. Cantaban con una entrega que nos dejó mirándonos. Y entonces llegó «Harley

2. En *e-misférica* vol. 8 Nº 2, invierno de 2011.

Quinn», de Fuerza Regida y Marshmello. La mujer descrita como fresa cuida la mercancía y está «lista pa' guerra».

Yo ya cargaba desde Twitter aquel «se cree Harley Quinn, la culera» que había decidido tomar como elogio. Resultó que la culera sí se sentía interpelada. Esa combinación me interesa mucho más que una mujer puesta de adorno junto a una camioneta. Yo también quería estar lista.

Me siento poderosa cuando canto. Me siento la más mafiosa y la más buchona y al mando de muchachos que en la vida real no tengo. La canción me permite probar cómo se siente caminar por el mundo convencida de que nadie va a pasarse de verga conmigo. Puedo imaginar una blindada y un arma y una seguridad que no dependa de que otra persona decida respetarme. Durante lo que dura la canción traigo con qué. Después sigo siendo una señora que tiene que limpiar su casa.

Al salir hablamos de eso. De que quizá había tantas mujeres porque queríamos ocupar ese lugar de potencia. A mis amigas y a mí nos parecía que ahí podíamos cantar una rabia que fuera del concierto nos incomodaba. Podíamos exagerarla y decir barbaridades sin tener que explicar inmediatamente que éramos buenas personas. Queríamos que nadie pudiera hacernos daño y la fantasía disponible venía empistolada. Me interesa esa posibilidad de disfrutar ser una mujer que no pide disculpas, que puede ser peligrosa y que ocupa un lugar narrativo que no está reservado a la víctima. En expresiones de recepción de mi literatura he corroborado que mujeres de todo el mundo sienten atracción por narrativas llenas de rabia y violencia que ellas no necesariamente se permiten ni quieren ejercer en su vida.

No salimos transformadas por una revelación. El concierto se nos hizo larguísimo. En mi recuerdo duró como cuatro horas porque hubo muchos invitados y para el final ya queríamos que se callaran. Le pusimos un 80 de 100. Cuando en 2025 se añadió al Código Penal de Aguascalientes el artículo 178 E, titulado «Provocación a cometer un delito o apología del delito», pensamos: no mames, cuando todavía podíamos haber ido a escuchar a Luis R. Conriquez escogimos Fuerza Regida. Mejor hubiéramos ido a ver a Luis R. Más belicón. Tres activistas acabábamos de discutir nuestra relación con las fantasías de violencia y nuestro veredicto fue que nos había faltado violencia en el entretenimiento.

No sé qué sentían los hombres ni voy a convertir esa noche en una explicación universal de lo que quieren las mujeres. Sé lo que

© Nueva Sociedad / Daniela Martín del Campo 2026



me pasa a mí. Me gusta cantar desde el lugar de quien no tiene que pedir que la dejen en paz. Me atrae esa suficiencia grosera. Me atrae muchísimo. Y me incomoda reconocer lo parecida que puede ser mi fantasía de seguridad a una fantasía de dominación y violencia. Quiero que no me lastimen. Cantando, a veces, quiero que me teman.

Ahí mi placer deja de parecerme tan inocente. Puedo explicarlo por la rabia y por las ganas de dejar de sentirme expuesta en un país atravesado por la violencia letal, pero tengo que reconocer el gusto por ocupar el lugar de la que manda. No siempre estoy fantaseando con escapar. A veces fantaseo con ganar y con que a alguien le quede clarísimo que conmigo no se juega. Me gusta esa versión mía aunque dure una canción y aunque la tenga que sostener con una primera persona que alguien más escribió. Canto yo y por un momento me creo ese yo.

Por eso la mañana de los tuits mi cabeza encontró tan rápido una respuesta. Recordé «Culón Culito», de Cartel de Santa. Babo canta: «pa' pagar quien mate, yo también traigo dinero». Esa era la lógica que me estaba ofreciendo a mí misma. No sentirme indefensa porque imaginaba tener recursos para devolver el daño. El pronombre importaba: yo. Yo podía. Yo tenía. Yo no necesitaba una cooperacha.

Se me ocurrieron varias respuestas y todas me colocaban por encima de quienes habían propuesto matarme. Ahí salió la bastarda otra vez. Yo iba a ser la más pesada. La que no necesitaba juntar dinero. La que podía devolver el agravio. Por un momento quise recuperar el mando humillando y asustando. Incluso mi burla por el dinero consistía en disputar quién podía comprar más violencia. La amenaza me había encontrado con un repertorio disponible. No tuve que inventar una frase. Ya me sabía una canción.

En el artículo «Capitalismo gore: narcomáquina y performance de género», Sayak Valencia analiza el narcotráfico como un engranaje económico y simbólico que produce lenguajes e interacciones[3]. Examina la conversión del daño y de la destrucción corporal en mercancía y el poder que puede obtenerse mediante prácticas violentas. En mis cuentas mentales el dinero ya era eso: la posibilidad de mandar sobre otro cuerpo.

Tengo una historia anterior a esa canción y he conocido la violencia más allá de las bocinas. Lo que reconozco es que disponía de una frase hecha para ese momento. Una manera de anunciar

3. En *e-misférica* vol. 8 Nº 2, invierno de 2011.

suficiencia económica y capacidad de daño que me quedaba demasiado cómoda en la boca. Había recibido una amenaza y estaba fantaseando con contestar desde arriba.

En la canción puedo prestar mi voz a un personaje y volver después a mis pendientes. No conozco a sus enemigos ni tengo que encontrármelos saliendo del palenque. En aquellas publicaciones sí había una destinataria. Mi nombre no era el de una protagonista inventada y mi prima no era un recurso del compositor para poner triste el último verso. Y aun así elegí, primero, hacerme la muy cabrona. El reconocimiento del peligro y las ganas de negarlo podían ocurrirme al mismo tiempo.

Después de la burla, la Policía Cibernética y la Policía Rosa insistieron en que denunciara. Recuerdo que me dijeron que podía pelusear a las personas todo lo que quisiera, pero no sabía qué podían hacer. Que no me confiara. Ahí apareció el miedito. Yo había usado la cooperacha como prueba imaginaria de que eran incapaces. Las policías me estaban recordando que no tenía cómo saberlo.

Yo conocía el vocabulario. Me había equivocado al creer que conocerlo me permitía calcular a quien lo estaba utilizando. No tengo pruebas para afirmar que aquella usuaria pertenece al crimen organizado. Ahí está el asunto: se puede recurrir a un lenguaje asociado al sicariato sin que la lectura de ese lenguaje nos permita establecer quién tiene detrás un arma y quién está presumiendo. Yo no iba a resolver esa incertidumbre con una broma.

Me enfrié. Uso herramientas de regulación que he trabajado en terapia y esta vez las necesité. Mi abogada me había dicho que no respondiera. Dejé pasar unos días para ordenar la información. Con la cabeza fría y encabronada terminé una declaración de unas 20 hojas y reuní el material que había conservado. Antes de viajar a Alemania se lo envié a mi abogada para que presentara la denuncia. Fue ella quien la presentó. No envié los mensajes que había imaginado.

Pude abstenerme de devolver una amenaza sin convertirme en una mujer conciliadora. Reconocer mi reacción clasista no me dio esa limpieza instantánea que a veces nos da confesar algo: ya lo dije, ya soy consciente, ya se me quitó. No se me quitó. Me sigue tocando vigilar la rapidez con que puedo recurrir al desprecio cuando alguien me agravia.

También estaba la invitación a otros. ¿A quién más le hablaba aquella usuaria cuando propuso que se cooperaran? Rita Segato explica que la violencia puede dirigirse simultáneamente

hacia la víctima y hacia los pares ante quienes el agresor exhibe poder. Lo plantea en «Pedagogías de la crueldad», uno de los textos de su libro *Contra-pedagogías de la crueldad*[4]. Su análisis parte de la violencia sexual y del mandato de masculinidad. No lo traslado como diagnóstico de una usuaria de internet.

El mensaje de la cooperacha me nombraba y al mismo tiempo convocaba a otros. Alguien más podía leerlo y rechazarlo o sumarse a la invitación. Otras personas me hicieron llegar los enlaces. La pantalla donde alguien propone una agresión puede ser el lugar desde donde otra persona te avisa. En mi caso, el aviso llegó rápido.

La colectiva feminista Luchadoras describe la violencia digital contra las mujeres como una violencia que las tecnologías facilitan o intensifican y que puede producir daños emocionales, afectaciones a la reputación, pérdidas económicas y obstáculos para participar públicamente. Esa descripción permite mirar lo que ya está ocurriendo sin esperar a que llegue una agresión física.

A mí el hostigamiento me ha quitado tiempo y tranquilidad. En el mismo aparato recibo una petición de acompañamiento y una invitación para escribir y un aviso de que alguien está deseando que me asesinen. No hay un teléfono distinto para cada cosa. Puedo abrir un enlace y encontrar un mensaje sobre mi trabajo o una burla sobre mi cara. Tampoco tengo un cuerpo distinto para leer cada mensaje.

Estoy incorporada al Mecanismo de Protección para Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas y hablo con autoridades[5]. Dentro de mis medidas puedo solicitar acompañamiento policial para una actividad pública si me siento insegura. Poder pedirlo no significa que ya tenga una escolta permanente. Puedo pedir que me cuiden y eso ya es más de lo que tienen muchas defensoras.

Me importa que las autoridades con las que hablé tomaran en serio lo que estaba pasando. Mi teléfono no contiene una vida ficticia. Ahí trabajo y converso y acompaño y ahí me amenazan. Me da rabia que haya que dedicar recursos a esto cuando pienso en periodistas amenazados y en madres que buscan a sus hijos y en quienes defienden sus territorios.

4. Rita Segato: *Contra-pedagogías de la crueldad*, Buenos Aires, Prometeo, 2018.

5. El Mecanismo, creado por ley en 2012 y adscrito a la Secretaría de Gobernación, evalúa el riesgo de periodistas y personas defensoras de derechos humanos en México y les otorga medidas preventivas, de protección o urgentes, desde botones de pánico y escoltas hasta reubicación temporal [N. del E.].

En enero de 2025 la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ONU-DH) informó del asesinato ese mismo mes del periodista Calletano de Jesús Guerrero, beneficiario del mencionado mecanismo de protección desde 2014. Estar protegida no es lo mismo que estar a salvo.

No sé si un recurso destinado a mí deja sin atención a alguien más y no voy a volver mi culpa una estadística. No necesito presentar mi amenaza como menos real para reconocer otros riesgos. Me emputa la desproporción entre el gesto de escribir tres mensajes amenazantes y todo lo que luego tengo que hacer yo. Guardar. Explicar. Consultar. Redactar. Volver a explicar. Y además hacerme cargo de mis propias ganas de contestar de una manera que podría empeorarlo todo.

Podría cerrar aquí. Quedar retratada como una mujer responsable que acudió a las instituciones y aprendió una lección. Pero seguiría pendiente la del palenque. La que pagó zona VIP para cantar barbaridades y salió quejándose de que habría preferido algo más belicón. Esa mujer no desapareció cuando firmé la denuncia. Tampoco desapareció la que se burló de la cooperacha. Las dos siguen escribiendo conmigo.

No voy a dejar de escuchar esa música para ofrecerle al lector una conclusión tranquilizadora. Me gusta la fanfarronería y me gusta cantar como si nadie pudiera conmigo. También quiero seguir viva. Compartir un vocabulario no vuelve equivalentes una canción, un pensamiento y una amenaza dirigida a alguien. Pero esa diferencia tampoco alcanza para que deje de preguntarme por qué, cuando quisieron asustarme, se me ocurrió primero disputarles la capacidad de asustar. Denuncié. No mandé la respuesta. No dejé de ser la bastarda. Todavía me sé la canción.

Glosario

Alucines: originalmente, «alucín» se popularizó para nombrar a una persona que adopta la estética buchona, presume lujos, poder, contactos o incluso una supuesta pertenencia al crimen organizado, aunque en realidad no forme parte de él. Su significado se ha ampliado y «alucín» se usa para nombrar a una persona muy performática, exagerada o dada a engrandecer la imagen que proyecta de sí misma, incluso fuera de cualquier relación con la narcocultura.

Belikeada: de bélico. La «belikeada» es el ambiente asociado a los corridos bélicos.

Blindada: en sentido literal, es una camioneta o auto con blindaje. En sentido figurado significa protegida o invulnerable.

Buchón / buchona: estética y estilo de vida relacionados con la narcocultura, sobre todo de Sinaloa. El buchón usa cadenas de oro, camisas de marca, botas o tenis caros y anda en camionetas grandes. La buchona se asocia con cirugías estéticas, uñas largas, extensiones y ropa de diseñador.

Chingo: mucho, un montón.

Cooperacha: colecta de dinero entre personas para pagar algo en común.

Corridos tumbados y bélicos: expresiones musicales que combinan el regional mexicano (norteño o banda) con música urbana como rap, trap o reguetón.

Dar piso: matar.

Fresa: adjetivo para describir a una persona de clase media alta o alta, o personas que actúan con el recato asociado a ellas.

Levantón: secuestro o privación ilegal de la libertad, generalmente a manos del crimen organizado, que suele consistir en llevarse por la fuerza a una persona, a menudo en un vehículo.

Pasarse de verga: excederse con alguien. En términos positivos, significa que alguien fue muy generoso con otra persona. En términos negativos, que alguien transgrede los límites de lo aceptable en el daño que le hace a alguien más.

Pelusear: despreciar a alguien, «hacerle el feo».

Verguera: tiene diversos usos; en este caso, pendenciera, conflictiva.

Dahlia de la Cerda: es una escritora y activista mexicana. Es autora del libro de cuentos *Perras de reserva* (Ciudad de México, Sexto Piso, 2023), Premio Nacional de Cuento Joven Comala y preseleccionado para el Premio Booker Internacional 2025 en su versión inglesa; de *Desde los zulos* (Ciudad de México, Sexto Piso, 2024), entre la crónica y la autoficción, y de los relatos *Medea me cantó un corrido* (Ciudad de México, Sexto Piso, 2024). Su obra explora la violencia y la vida en los márgenes. Es cofundadora de la organización feminista Morras Help Morras.

Palabras claves: amenazas, mujeres, narcocorridos, narcotráfico, violencia, México.